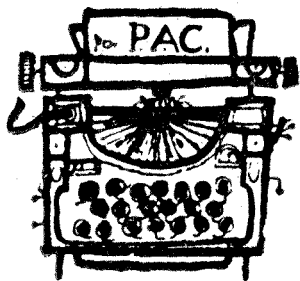


escrito a máquina



Borremos Esa Marca Infamante

La semana pasada "LA PRENSA" reprodujo una estadística mundial de la violencia publicada por las Naciones Unidas (Anuario Demográfico 1966); en la cual, con bastantes puntos arriba, Nicaragua conquistaba el primer lugar en el mundo como el pueblo con mayor número de crímenes por habitante. Es verdad que en la encuesta no aparecen algunos pueblos famosos por su violencia y que otros, no tan desfachatados como el nuestro, saben ocultar en sus estadísticas sus lacras. Pero de todos modos, las cifras son tan altas (Nicaragua aparece con 29.3 homicidios por cada 100 mil habitantes, y los países que le siguen más de cerca en la infamante lista son: Guatemala con 11.5; Ecuador con 6.4; Estados Unidos con 5.5); que uno se queda espantado y lleno de vergüenza. Lo digo con sinceridad: la información ha entristecido mi corazón de nicaragüense. Ha sido una sorpresa desagradable y amarga . . . pues, por mucho que haya escrito llamando la atención sobre el avance de la delincuencia entre nosotros, por mucho que me haya alarmado día a día leyendo la lista de hechos sangrientos que los diarios registran, nunca imaginé que habíamos sobrepasado las cifras ordinarias de delincuencia en este mundo moderno —ya de por sí violento— y que habíamos conquistado el PRIMERO LUGAR en el horrendo campeonato del crimen.

Si nos queda un resto de conciencia cristiana y de amor patrio, meditemos en lo que esto significa, promovamos un movimiento nacional, desde todos los frentes, para estudiar las causas de ese alarmante aumento del crimen, y pongamos todos los medios a nuestro alcance para combatirlas. ¡Nos hemos convertido en un pueblo de homicidas! ¡Es terrible! La estadística nos coloca (por lo menos durante este año) a la cabeza de las filas de Caín. No podemos permanecer en este puesto! No debemos soportar esa marca infamante! ¿Qué hacer? ¿Callar como otros? ¿Es que acaso Caín no quiso también callar y resonó la voz de la sangre derramada —haciéndose voz de Dios, reclamo de Dios en su conciencia? Callar no. Carguemos con el muerto —que es nuestro— y así conoceremos el peso de nuestra responsabilidad; porque todos hemos puesto un poco de nuestra parte para desatar esa fiera que el hombre lleva en sí; todos somos responsables del aumento del crimen y de la violencia homicida:

Lo soy yo, ciudadano, si mi trato con el prójimo irradia violencia. "¿Qué es el infierno? —se preguntaba Claudel— El NO al amor. Por eso toda situación de odio es PUERTA DEL INFIERNO". Y ¿no es con palabras que se abre siempre la puerta del crimen? ¿No es la palabra la que lleva a la acción? "La lengua es también un fuego —escribía Santiago en su Epístola— y si la inflamamos del fuego infernal, inflamamos la rueda entera de nuestra vida". Con la lengua comenzamos a dar muerte al prójimo.

Hace algún tiempo, cuando escribía "EL NICARAGUENSE", recordando escenas de mi niñez y repasando historias de nuestras guerras civiles, me preguntaba si una de las características del nicaragüense es ser violento. Y un escritor extranjero me decía: —¿Lo es de palabras? —Sí. —Pues lo es, porque la palabra lleva a la acción.

Entonces yo me negué a aceptar la dialéctica de mi amigo. Hoy la estadística le ha venido a dar la razón.

Pero también soy responsable como ciudadano, por mi lenidad. No creo que haya lugar del mundo donde el jurado sea tan irresponsable como en Nicaragua. Si revisamos los periódicos nos quedaremos boquiabiertos al contar el número de homicidas que quedan libres por absolución del jurado. Y esta lenidad, que la mayoría de las veces es cobardía, se traduce en un "yo-qué-pierdo" social ante el crimen. Nos estamos acostumbrando al crimen. Estamos aceptando —sin protesta, sin alarma, sin reacción— la más destructiva y salvaje de las costumbres.

Hace un mes o dos el Obispo de León —demostrando una ejemplar y providente preocupación por este gravísimo problema— se adelantó a las revelaciones de la estadística y al espectáculo deprimente del último gran crimen producido en Nicaragua —lanzando una pastoral sobre el V Mandamiento; documento oportuno y verdaderamente inspirado que debería hacerlo suyo la Iglesia toda de Nicaragua, promoviendo simultáneamente una intensa campaña de desarme moral y de pacificación de nuestro pueblo.

Pero además del ciudadano es gravísimamente responsable la Autoridad. Lo es el Estado como expendedor y negociante de aguardiente, inmoralidad medular que por un lado fomenta la delincuencia y por otra la persigue; pero lo es mucho más por su sistema policiaco, sembrador de violencia y de arbitrariedad. Si quere-

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

mos ser sinceros y sanar la tremenda llaga que padecemos, la primera que tiene que rectificar su conducta ante el crimen es la Autoridad. Nicaragua ha sido sometida a una técnica de envilecimiento: el trato de la Autoridad, la venalidad de la Autoridad, la tortura, la muerte sin ley, la ley fuga, la arbitrariedad . . . son semillas de delincuencia que diariamente sembramos en el pueblo. Ese tipo de sistema policíaco llevó a Alemania —país de tan alto índice de civilización— y ha llevado a todo país que lo emplea, a las más degradantes violencias contra el hombre.

Ese "revisado" falso que sólo significa un ilegal negocio policíaco —pero que arroja a la muerte a todos los pasajeros de ese bus—; ese hombre honrado recogido de noche en la calle sólo para imponerle una injustísima multa que necesita el policía para completar su sueldo; ese delincuente usado como "oreja" —es decir, ese premio al delito—; ese comandante departamental negociando con los prostíbulos y los juegos prohibidos; esa risa que te da la Constitución; esa risa mayor aún que te producen los Derechos Humanos: esas son tus semillas de homicidio, Autoridad! Estás borrando toda huella de norma moral; estás confundiendo "ley" con "fuerza bruta"; estás lanzando al pueblo a que ponga en práctica ese tipo de "justicia" criminal . . .

Pero también somos responsables en el periódico y en la radio, erigiendo la violencia criminal en protagonista casi heroica de nuestra publicidad. Si por lo menos se hiciera justicia en Nicaragua, la mente popular recibiría como moraleja el castigo del culpable. Pero es lo contrario. Ve el gran despliegue sensacionalista de la delincuencia y detrás una halagadora impunidad.

Todos cargamos una parte de responsabilidad en este deprimente y vergonzoso campeonato de criminalidad. ¿Seremos capaces de rectificar? ¿Habrá todavía patriotismo entre los nicaragüenses para borrar cuanto antes esa marca infamante?

Muchos países han caído tan bajo y se han levantado. España produjo crímenes terribles y desató las peores violencias en su Guerra Civil; hoy es la nación más sana del mundo según la estadística que venimos citando. Un esfuerzo coordinado de todas las fuerzas vivas del país, un esfuerzo sincero de la Autoridad, un esfuerzo del Ejército que ha jurado defender el honor de la Patria, un esfuerzo basta para salir del fango.

PABLO ANTONIO CUADRA